

El Medio Aborigen Nayarita

*Por Emilio URIBE ROMO.—
Colaboración especial para la Re-
vista Mexicana de Sociología.*

EL mundo asiático hace acto de presencia en Nuevo México y en el noroeste de México, sintetizado en tipos mongoloides que forman parte de la población aborigen. Algunos grupos de indios que viven por allí, constituyen rastro de la probable ruta seguida por prehistóricas inmigraciones de allende el estrecho de Behring y son elemento presuncional de vínculos entre Asia y América. Se afirma que los cahitas —yaquis y mayos— son el resto, en el estado de Sonora, de las últimas oleadas humanas desprendidas de la meseta de Mongolia, sólo unos cuantos siglos antes del descubrimiento del Nuevo Mundo. Descendiendo hacia el sureste, a la zona de los huicholes, se observa en esta tribu, con sus shamanes, otro indicio referente a procedencia mongólica. Esos shamanes son esencialmente lo mismo que los chamanes mongoles. Desempeñan funciones similares. Carl Lumholz se ocupa de los chamanes, explica prolijamente cómo se recurre a ellos para concertar matrimonios y se les define como augures, con investidura sacerdotal, astrólogos, magos y doctores. Por su parte los chamanes, según la definición de Pío Baroja, son sacerdotes, adivinos y sobre todo, brujos. Como ya se sabe y él lo dice, el chamanismo es el culto más antiguo de los paganos de Oriente, difundido entre los mongoles siberianos y del Ural Altai. Explica Baroja que chaman es un derivado de la palabra esamana o samana, que en pali o sánscrito vulgar equivale a religioso. Habla también del tambor ritual que tocan los chamanes con un palo y de las crisis y accesos de locura que tienen estos brujos, crisis que son el estado propicio para sus vaticinios. Para que sea mayor la similitud entre los colegas asiáticos y huicholes, también los sha-

manes hacen sonar un tambor, sirviéndose del mismo procedimiento y la excitabilidad y los accesos se los provocan con el peyote vernáculo, que les confiere poderes misteriosos para el ejercicio de sus funciones de magia y videncia.

Coras y huicholes forman parte de la plural estela de tribus nahuatlacas que marca la trayectoria nahoa desde legendarias lejanías septentrionales hasta el Valle de México. A unos y otros, es decir, a *choras* y *wishoras*, voces que parecen derivar de *shicore* o *xicori* equivalente al peyotl de los aztecas, corresponderá, de ser este el origen de los nombres de sus tribus, la designación, por antonomasia, de adoradores del peyote. Eliminando el afijo *wi* de la palabra *wishora* y reducida ésta a *shora*, se confunde casi prosódicamente, con *chora*, lo que me hace creer que se trata de variantes de un mismo nombre, en las respectivas lenguas, de dos grupos étnicos afines. Los *wishora* o doctores, clase especial cuyo nombre se extendió a la tribu, curan mediante una especie de ciencia oculta y a mayor abundamiento son quienes dirigen, haciendo de sacerdotes, el ceremonial religioso del peyote, enmedio del cual es ingerida esta biznaga para que confiera su poder mágico. Parecen pues claros el parentesco y el sentido religioso correlativo entre *wishora* y *peyote*. Estos sacerdotes son los mismos *shamanes*.

Los orgullosos huicholes tienen como inferiores a los coras y les dan el tratamiento despectivo de "hashi", que quiere decir caimanes o cocodrilos; empero, tienen con ellos tal similitud de caracteres, que solían los historiadores no diferenciarlos, y los llamaban conjuntamente nayaritas. Los coras, por su parte, se mantienen alejados de los tepehuanos y de los aztecas, eludiendo cruzamientos y aun el simple trato con ellos; pero les agrada casarse con mestizas de otras regiones. En cuanto a los tepehuanos, se han cruzado con los mexicanos o aztecas y a la vez han influido profundamente en la lengua, la religión y las costumbres de los huicholes. Naturalmente, las mezclas de sangre han sido el mejor vehículo de esa influencia.

En indios que vegetan enquistados en ásperas cumbres, el alejamiento de la civilización hace más impresionante su inteligencia, que permanece al natural, y su afán de saber. Avidamente interrogan al viajero que por rareza llega a las remotas guaridas de esas pobres gentes o con alarde pueril de cultura le muestran algún periódico viejo, el libro de Mantilla o cualquier otro texto escolar en desuso que esconden como tesoro en el lugar más seguro del jacal.



Mujer cora



Mujer y hombre coras



Viven los principales núcleos coras y huicholes en regiones diferentes y en tanto que los primeros practican aficiones carnívoras, los segundos son predominantemente vegetarianos: maiceros, jiculeros, etc. La geografía y consecuentemente la alimentación acentúan las diferencias étnicas, contrastando el temperamento extremadamente pacífico de los huicholes con la belicosidad de los coras, que combatieron contra los conquistadores y en el siglo pasado aportaron los principales contingentes de Lozada para la formación de la pretendida nacionalidad nayaritense autónoma. Asimilables, en parte por afinidades combativas a la población mestiza; no reacios a los cruzamientos como los huicholes y sin la profunda indiferencia de éstos hacia las inquietudes nacionales, han participado en las luchas del presente siglo y desarrollan apreciable esfuerzo productor.

Como corroboración de la tesis spengleriana, la táctica de estos indígenas, que son parientes próximos, pero bien diferenciados entre sí, es diametralmente opuesta. La de unos, carnívoros, es el ataque, como la del tigre, y la de los otros, vegetarianos, es la huida, como la del conejo.

Rudimento de Organización

Al lamentarse don Jacinto Benavente, a raíz de su visita a México, de que no fuera el clima lo que gobernara a este país, expresaba una idea extraña a la del determinismo geográfico y al hecho que parece corroborarla de que, al menos durante larga etapa de su historia, la América tropical, bajo la férula de sacerdotes y caudillos y a través de ellos, fué gobernada por el clima. La misma novelística moderna hispanoamericana, con sus selvas omnipotentes y sus llanos avasalladores, acude como argumento en pro de la Geopolítica, presentando al hombre subordinado al medio, muy lejos aún de la hora en que, dueño de los recursos de la civilización, pueda ser capaz de superarlo. Por lo que atañe a México, que al fin ha comprendido la necesidad de edificar sus destinos sobre bases de ponderación, manteniéndose a salvo de ímpetus pasionales, y que se va alejando de esa vida elemental en que sólo rige la naturaleza irresponsable, en la actualidad alienta ya, por fortuna, aspiración contraria a la benaventina.

No se han practicado investigaciones arqueológicas suficientemente acuciosas para hacer la historia del Nayarit prehistórico, pero según la organización social que prevalece en los aborígenes de esa parte de la República, y según datos de cronistas, los coras iban pasando de la estructura

tribal a la de Estado y los huicholes participaban algo de esa evolución; pero desplazados más y más hacia tierras pobres, han ido retrocediendo de la vida sedentaria al nomadismo y de la tribu al clan.

Un esbozo de individualismo económico, dentro de formas prehistóricas de convivencia y economía comunales entre los coras, ha conducido a la formación de pequeñas fortunas privadas y a la adopción del sistema de retribuir ciertos trabajos, es decir, al sistema de salarios y de patrones. Considerable número de esos indios se dan vida de mestizos un tanto acomodados.

Entre los huicholes no se practicaba la servidumbre y se compartía la penuria del grupo, pero la falta de satisfactores, que frecuentemente ha sido absoluta, les ha obligado a salir de la comarca en busca de algún salario a cambio de mano de obra.

Cultivar libremente el terreno que eligen es lo que más complace a los huicholes. Labran la tierra o desempeñan otras labores para reunir un fondo común de productos, pero su rudimentario instrumental de labranza, reducido a la coa, y el agotamiento de las tierras, hacen que el trabajo agrícola sea individual y que no se practique tomando terrenos al gusto. Los jueces, que por lo general son sacerdotes, señalan los terrenos que necesitan descanso y distribuyen los que creen que conviene sembrar. Entra en juego elemental economía dirigida, pero los indios ponen su mayor confianza en los dioses, y los jueces, en su doble carácter sacerdotal, organizan rogativas para que intervenga el olimpo aborigen haciendo que llueva.

La coa es un palo semejante a mango de escoba que remata en una como pica o bayoneta ancha y corta, y al terreno cultivado a piquete con tal implemento se le llama coamil. Coa no es voz caribe, según la afirmación de eminente filólogo, sino aztequismo, apócope de coatl o serpiente. Por extensión se aplica al instrumento agrícola descrito, cuya forma es como la de ese ofidio, extendido en línea recta.

En las laderas de los huicholes, las siembras de temporal y a base de coamil, naturalmente producen rendimientos muy bajos, y como toda la vida de esos indios y sus posibilidades de evolución están regidas por el maíz que producen, ya se comprenderá que viven miserablemente.

La necesidad les ha hecho acostumbrarse a vivir lejos de las salinas, en cuyas cercanías estuvieron establecidos, y entre las grandes privaciones que soportan resignadamente, cuéntase la de la sal, artículo que si alguna vez prueban es como golosina. El trueque por algo de lo que pro-

dicen: bolsas, fajas u otras curiosidades, es un medio de que se valen para obtener ese u otros artículos de primera necesidad.

Se desprenden de lo que producen con esfuerzo paciente y prolongado, de objetos decorativos a los que han conferido valor artístico, hasta de sus padres y de sus esposas, pero hacen cualquier sacrificio para conservar sus tierras. En su afán por retenerlas han vivido en continua imploración de justicia contra los despojos, en tanto que mengua la superficie de sus predios y el secular o milenario cultivo irracional los sigue empobreciendo.

La expresión de Anatole France, "Los Dioses tienen Sed", comprendida en la nomenclatura de sus obras, define, no en sentido literario, sino objetivo, una de las creencias del paganismo huichol. Ciertos de que sus dioses están sedientos como la tierra que ellos cultivan con técnica más primitiva que la del arado egipcio, los huicholes acostumbran rendirles la ofrenda de bellas jícaras votivas para que beban, y recurren a la argucia de poner las oraciones en el fondo de esos chirimbolos, en forma de aplicaciones en cera, para que les penetren diluídas. Esa manera de orar se asemeja en cierto modo a la de los chinos, con sus ruedas que giran movidas por agua y que, por cada vuelta que dan, producen un rezo; pero hay además la semejanza entre el recurso gráfico de las oraciones huicholes y los ideogramas usados en China.

Toda la vida de los huicholes se resuelve en plegarias para atraer las lluvias. Estando Nayarit en el trópico, la precipitación pluvial es abundante, pero ellos siembran a piquete en las laderas y para obtener buenas cosechas necesitan que se sucedan los diluvios y que se empapen los coamiles. El agua se derrocha y ellos apenas obtienen de las siembras el grano indispensable para su sobria alimentación de *esquite*.

En zonas incivilizadas de México, aunque secularmente quietas, como la tierra huichola en Nayarit, donde el hombre, inerte ante los elementos, se ha connaturalizado con ellos y los obedece, pasivo y supersticioso, el clima ejerce soberanía y es deificado bajo distintas advocaciones.

Las creencias y el culto, lo mismo que el arte, son allí en gran parte, producto de la geografía. En el Olimpo de esos indios figuran preeminente la diosa de las Lluvias Occidentales y la de las Lluvias Orientales. El complejo del hambre sale a flote en el rito; la mitología, la flora y la fauna ofrecen motivos para decorar los objetos del culto, los de uso doméstico y las sumarias prendas de vestir.

El nombre de Alica, de la famosa sierra donde han vivido los principales núcleos aborígenes del Nayarit, tal vez sea variante prosódica y contracción de ne-alica, expresión que designa el escudo delantero de forma circular que antiguamente usaban los huicholes. Imaginan ellos que el sol, dotado de esa arma defensiva, la muestra en el horizonte antes de hacer su propia aparición. El disco rojo del astro, asomando tras el perfil de las montañas, probablemente les dió la impresión de un escudo luminoso que se alza en el cielo del Nayar, para anunciar el nacimiento del día, abrazado por el padre Sol. Los coras, sempiternos guerreros, han de haber encontrado buena la alegoría, máxime que su culto a la estrella de la mañana, Chulavete, les inclina a la suposición de que los maleficios que aquélla tiene la misión de contrarrestar, se efectúan tras de algún objeto estratégico.

A los escudos de espalda o nama, que son de forma rectangular, les atribuyen los huicholes la propiedad de poder también servir de cama para los dioses. Al dedicárselos, como ofrendas votivas, decorados con artísticas labores, confían en que los deseos que éstas expresan les penetren, quiéranlo o no, por el contacto material. La ingenua oración contenida en el dibujo de algún nama, duro o blando, puede ser, por ejemplo, para implorar que los alacranes no piquen a las gallinas.

Hasta una sencilla manufactura de la industria europea, el eslabón, ha ofrecido variados motivos estilizados de admirable efecto en las grecas. De la iconografía europea se han tomado elementos ornamentales, como la corona de la virgen para que luzca en las dos cabezas del Aguila Madre de los huicholes, equivalente para ellos a la Madre del Dios de los cristianos. Su arraigado paganismo poco o nada se ha modificado en el fondo por la acción catequista de blancos o mestizos y no les parece irreverente la combinación absurda del Cristo con el ídolo, siéndoles grato ver que sobre el *tapextle*, especie de cama utilizada a manera de altar, cuelgue el alto símbolo de la civilización, como exvoto, del cuello de un grosero fetiche.

El complejo amoroso no parece externarse en el arte de los huicholes como en el de los mestizos. Sus mismas canciones, que se cantan en fiestas rituales como la del maíz y la calabaza, son religiosas.

Así como los tapetes persas ostentan estilizaciones de las praderas de Persia, los cinturones y las bolsas de los huicholes muestran, en bellas síntesis decorativas, de consumados artistas, venados, ardillas y alacranes,



Violín huichol



Adornos huicholes

en cuanto al reino animal y respecto al reino vegetal, bules, enredaderas de calabaza y de jápani y flores de totó.

Para los huicholes hay una teoría de la evolución según la cual sus antepasados y los animales eran idénticos a los dioses y los seres humanos han llegado a esta condición elevándose desde el nivel de los reptiles y las fieras y podrán llegar en el grado supremo de la perfección a convertirse en trozos de cristal de roca, para formar parte del séquito del sol, fulgurando con la luz febea.

Los copos de algodón tienen sentido simbólico para los huicholes, relacionado con nubes y son elemento temático de una especie de jeroglíficos alusivos al agua que desciende a la tierra para fecundarla. Dibujados entre las complicadas figuras que se pintan en la cara, o con las cuales exornan objetos que llevan puestos; combinados con estilizaciones del jículi o peyote y con alegorías de la lluvia y el maíz, significan plegarias que elevan para que llueva o para salir bien librados de alguna empresa.

Crean los huicholes que el tabaco es uno de los elementos del fuego y que una de las maneras de rendirle culto a éste, como a un dios de los muchos que adoran, es fumar. Una de sus más solemnes ceremonias religiosas es sentarse en el suelo, en torno de una hoguera y permanecer silenciosos aspirando el humo de sus cigarros. Ante la divinidad flamígera y sintiendo en la boca su aliento tibio, se connaturalizan con ella, arrebuajados en la acre humareda de los leños y del tabaco macuche.

Conservan los huicholes una tradición, original de su tribu, que sin embargo coincide con el relato bíblico, de un diluvio, una embarcación y un Noé que se salvó en ella. El Noé huichol fué un leñador, advertido por la diosa de la tierra y la vegetación, la viejecita Nacahue, de que las aguas iban a cubrir el mundo. Por consejo de ella misma se alojó en el tronco hueco de un *salato* o *camichín*, tapado por los extremos, llevando consigo una perra, unos tallos de calabaza para hacer fuego y algunas provisiones. Dice la tradición que el leñador flotó durante cinco años sobre inmensa masa líquida y vuelto a tierra firme, con su compañera canina, se convirtió ella en mujer y fué su esposa, habiendo tenido la pareja numerosa prole. Entre los coras perdura una versión del diluvio semejante a ésta.

Es también muy interesante la similitud de una tradición huichola y la del milagro de la resurrección cristiana. Según los indios, un dios

de ellos que había sido traicionado y muerto en la cruz, resucitó elevándose al cielo, ante el asombro general, en medio de un gran escándalo de chirimías.

Para los huicholes, el armadillo está investido de condición sagrada, por ser nada menos que el marido de la madre de los dioses.

Los huicholes practican una especie de bautismo, bañando a sus hijos al poco tiempo de nacidos, en aguas de grutas que la tribu tiene por sagradas, para que de ese modo queden bajo la protección de los dioses. Esas aguas y las traídas de la tierra del *jículi* las usan para bendecir, en aspersiones que hacen con colas de venado. Practican la confesión de sus pecados amorosos e ingieren el *peyote* en rebanadas, comulgando a su manera, para connaturalizarse con el divino venado que adoran en esa biznaga, y para purificarse.

Las flechas de los huicholes, además de servirles de proyectiles, en sus cacerías, forman parte de sus ofrendas a los dioses, como tributo de gratitud por algún bien que de ellos han recibido o como expresión del deseo de protección divina para vencer dificultades de orden diverso, incluso las más triviales de las mujeres en faenas domésticas.

El *sículi* (ojo de dios u ojo sagrado), es uno de los más importantes objetos ceremoniales de los huicholes. Simboliza imploración de ayuda en general, pero algún aditamento determinado le da, como a las flechas votivas, un sentido específico, según las particulares necesidades del peticionario. Parece juguete y tiene forma como de fístel. La parte principal es un tejido de vivos colores, casi al extremo de una vara dispuesta en cruz con otra de menor tamaño. Ambas sirven para estructurar en ellas el rombo, generalmente de estambre.

El *sículi* y otros objetos religiosos o profanos usados por huicholes y coras, lejos de ser privativos de ellos, son comunes a diversas tribus del occidente de América, desde el Norte hasta la zona de la vieja civilización incásica.

Los coras hacen una fiesta de mucho bullicio que llaman *mitote* (del azteca *mihtotía*, que significa el que baila o bailar), en la cual se embriagan y danzan al son de su música. Tienen un instrumento musical que es un arco de cuerda tensa adherido a un casco de calabaza: la caja de resonancia. Un sacerdote fija al suelo el extraño aparato, por la parte del aditamento hueco y con unos palillos arranca sonidos al arco, parecidos a los del violoncello, acompañando con ellos sus cantos religiosos.

Coras y huicholes se solazan tocando tambores de troncos de árbol huecos y de piel de venado que fijan restirada en uno de los extremos del rústico tubo y los hacen sonar, colocados con la piel hacia arriba.

Con estridencias de violines aumentan los huicholes el alboroto de sus fiestas católicas y reservan éstas para sus grandes borracheras. Por el contrario, en las fiestas dedicadas a sus dioses, en que sólo suena el tambor acompañando los cantos y las danzas, son circunspectos y hasta solemnes. Graves sacerdotes presiden las ceremonias religiosas, sentados en cómodos y ligeros equipales de otate, de tiras de madera curva y de carrizo, que simbolizan la flor de sotol.

Además de que la frugalísima dieta de los huicholes equivale a un semiayuno habitual, acostumbran ayunar, lo mismo que sus menos mal alimentados parientes de la tribu cora, durante lapsos increíblemente largos. En las prolongadas privaciones de alimentos a que se someten, deseosos de ser gratos a los dioses y de obtener tal o cual merced, el *jículi* ayuda a su fakiresca voluntad para que resistan sus organismos. Purificador ayuno de sesenta días se impusieron los coras una de las veces en que el general Porfirio Díaz quiso seguir siendo Presidente de la República, y deben haber quedado complacidos del resultado, porque la penitencia produjo el milagro de un triunfo electoral logrado sin que nadie votara en la República.

Nervo, el de la Hermana Agua, se ausentó en definitiva de su tierra natal, teniendo ya suficientes años para no perder nunca el sonsonete de Tepic, y su panteísmo, quizá temperamental, más bien que producto de influencias literarias, es la raíz y la atmósfera de los huicholes, que viven adorando perennemente lo creado y para quienes nada está muerto, sino que todo vive, en las montañas, en objetos antropomorfos, en el agua sagrada, en el hermano venado, en el padre sol y en el abuelo fuego.

En un paraíso artificial de peyote, *jículi*, *jícore* o *shicora*, se extinguen los coras y los huicholes. La última denominación del sagrado cactus, *shicora*, designa, privada del afijo *shi*, al grupo étnico de los primeros, y para los segundos su *jículi* es la metamorfosis vegetal del dios venado, al que adoran en la biznaga comestible que restituye la energía, quita el hambre y la sed y puebla la imaginación de fantasmagorías.

Unos y otros indios ingieren el *jículi*, comido en rebanadas o injurgitado como brebaje. El mayor consumo lo hacen los huicholes. El *jículi* es su razón de ser y como ya no se encuentra en Nayarit, donde sólo queda en la geografía (Peyotán) el metaplasmo de la denominación az-

teca (peyotl), lo van a traer al Estado de San Luis Potosí o al de Zacatecas, en peregrinaciones regularmente de 45 días, durante los cuales no se bañan. Parten con exiguo bastimento de tortillas y esquite, encabezados por sus *shamanes* o sacerdotes, llevando éstos en bandolera los bules del tabaco para los *jiculeros*.

Con propósitos de purificación, días antes de llegar al término del viaje se establece el ayuno y se confiesan los indios diciendo los nombres de las mujeres con quien han tenido devaneos y por su parte las mujeres que han quedado en los jacales, confiesan también sus debilidades amorosas y por cada varón que las ha causado, hacen un nudo en una cuerda, la cual suele quedar llena de nudos.

Según la leyenda de los "mishora", doctores o huicholes, al dispararse el dios venado hacia el monte, quedó reproducido en cada una de sus huellas, las cuales se tornaron en la milagrosa biznaga. Después, el dios se convirtió en maíz.

Ya purificados los peregrinos, la procesión se hace más solemne. Avanzan concentrados, graves y en formación rigurosa y cuando la doble fila india hace alto para que se inicien los grandes ritos de la captura del venado, los sacerdotes avizoran el ágil dios cuadrúpedo, como remate móvil de la silueta de alguna colina. Los demás no lo perciben de pronto, pero se les hace claramente visible poco después, cuando han colectado y han ingerido el *jiculi*. Entonces, de cara al padre sol, inician sus danzas y sus cantos religiosos.

Costumbres

Huicholes y coras eran polígamos en tiempos prehispánicos. Al convertirse al catolicismo, o más bien, al faltarles medios de mantener a varias mujeres, se resignaron con una sola.

Son endógamos, pero sin faltar las excepciones. Sus formulismos para contraer matrimonio eran muy complicados y se han ido simplificando, siendo ya frecuente el arreglo directo y rápido entre los novios, sancionado sin trámites por los *shamanes*, quienes a la vez que curanderos y sacerdotes son jueces. Una mayor simplificación modernista consiste en uniones que son como matrimonios a prueba. Hay huicholes que al preguntarles si están casados contestan: "No más la mansando"; si conviene, bueno; si no, la deja. En casos así surgen problemas para las estadísticas de estado

civil. Los hay también para las de fallecimientos, por la arraigada costumbre de efectuar las inhumaciones sin satisfacer los requisitos legales y porque los parientes del que muere rehuyen molestias con este argumento: "Si ya se murió, ¿pa qué?" En cuanto a registro de nacimientos, no es cosa a la que concedan importancia y procuran no registrarlos, porque dicen que si los niños están chicos, todavía no sirven. Esta idea no impide que las huicholes sean madres muy cariñosas y abnegadas. Su ternura maternal es tanta como su ignorancia. Son numerosas las muertes de criaturas a quienes les dan a comer frutas verdes o algún otro alimento que no pueden digerir. Los niños huicholes gatean de una manera especial a cuatro pies, sin apoyarse en las rodillas y con mucha ligereza.

Al efectuarse los dos últimos censos de población del siglo pasado, muchos huicholes que tenían nombres de animales, de objetos, de fenómenos meteorológicos, etc., los cambiaron por los del calendario cristiano, comunes en la República, mostrando particular predilección por el de Cruz, que también adoptaban muchos de ellos como apellido.

La manera sancionada por las buenas costumbres entre coras y huicholes, de concertar matrimonios, consiste en que sean los padres del pretendiente y la pretensa quienes se las arreglen mutuamente para casar a sus hijos. Muchos matrimonios se hacían sin que se conocieran los novios.

Los padres de los muchachos coras estiman que no es requisito indispensable que ellos conozcan a sus futuras esposas y por propia iniciativa se encargan de arreglarles el matrimonio, cuando creen oportuno casarlos. Una vez que las oficiosas gestiones matrimoniales han llegado a buen término, los muchachos formalizan los arreglos, bañándose con sus prometidas.

El protocolo nupcial de los huicholes establece que el padre del pretendiente se acerque a la elegida a pedirla mediante un discurso, que debe repetir cinco noches seguidas, en otras tantas visitas y que empieza con el relato del origen de los dioses y el principio del mundo, hasta llegar a la biografía y al elogio de la muchacha. Esta puede no ser novia del que la solicita para esposa y suele ocurrir que no lo acepte; pero el rechazo trae complicaciones oratorias, porque el padre de la pretensa tiene que dar a conocer la negativa en nueva serie de igual número de nocturnas entrevistas, con otro tipo de discurso tan prolijo como el primero. Cuando el padre del pretendiente carece de elocuencia, pero tiene algo para pagar intermediario, recurre a un *shaman*.

La boda de los huicholes consiste en comerse juntos una tortilla o en algún otro acto simbólico parecido, y no siempre se lleva a cabo sin testigos. A veces el padre de la novia está presente, armado de garrote, en previsión de que ella se muestre arisca, para persuadirla de que debe ser sumisa.

Sin que haya alcanzado efectividad la condición de ser autónomos a que se reducían las cláusulas propuestas por los indios a los españoles, en el siglo XVII, para pactar la paz que de hecho les convirtió en parias, se les dió la concesión de elegir sus gobernadores. Estos vienen a ser dirigentes y jueces, y son los que, junto con los *shamanes*, resuelven todos los asuntos de la tribu. Se conserva la costumbre de elegirles cada año y de festejar el resultado de las elecciones por varios días, desde el 17 de diciembre, comenzando con la danza de Los Matachines, que les fué enseñada por misioneros. Debe incluirse la Navidad en las fiestas, las cuales llegan al final cuando los funcionarios electos y los que terminaron su ejercicio, vuelven de protestar obediencia a las autoridades civiles de la jurisdicción. Un desfile apoteósico de toda la comitiva, más danzas y la culminación del entusiasmo, marcan el final de la función cívica.

La designación genérica, *mitote*, de las principales fiestas religioso-paganas de los coras, ha entrado al español en casi toda la República y se emplea como sinónimo de comadrería, murmuración, algarabía, y el equipal de las grandes solemnidades del culto, destinado a los sacerdotes, ha venido a ser como el símbolo del *dolce far niente* tapatío, instalado en espaciosos corredores pavimentados con ladrillo de jarro, entre macetones que ostentan plantas de follaje y floración profusos.

El sotol es una palmera de tierras áridas, de variados usos para los indios de Nayarit. Las cabezas de pencas de sotol les sirven para hacer, mediante destilación, una bebida embriagante parecida al mezcal, pero menos fuerte. Aprovechan las hojas para techar jacales y hacer la trencilla que transforman en los sombreros que usan. Antes las utilizaban también para hacer huaraches que ahora confeccionan con trozos de vaqueta.

Gentes de buen comer, de lo que fué la Nueva Galicia, han enriquecido su cocina con un sabroso guiso cora, la coachala, de pollo desmenuzado y maíz, sazonado con chile cola de rata. Este platillo es una variante de la *chuina*, que los indios de la tribu preparan con carne molida de res o de venado.

Si en parte la alimentación condiciona al individuo, también el medio telúrico y el social participan en su conformación psicológica y somática.



Joven huichol



Mujer huichol



Indígenas huicholes

Ya se ha observado que el medio chileno imprime al inmigrante europeo mucho de la conformación y del aspecto del araucano y que el medio étnico ancestral de los Estados Unidos ha ejercido influencia notoria en el blanco, haciéndole semejarse físicamente al piel roja.

Se ha generalizado en los coras una indumentaria como la del campesino común, consistente en camisa y calzón remangado, ambas prendas de manta burda, huaraches y sombrero de palma. Los huicholes andan descalzos o con huaraches de tres puntadas, no prescinden de su algodón, abierto o cosido de los lados, que les deja al descubierto las piernas; se fajan con cintos y se cuelgan sus bolsas que lucen adornos diversos, estilizados con refinamiento artístico no muy de acuerdo con el desaseo y con el primitivismo del arco y las flechas que completan el conjunto.

Los huicholes han acostumbrado ponerse redes en la cabeza que les asientan la cabellera luenga y áspera; mas seguramente la inspiración de esa prenda no les vino de la moda que aún está en vigor, conforme a la cual las mujeres las usan para exornar sus tocados. Los sombreros femeninos de pequeña entrada, copa chaparra de forma cónica truncada y falda ancha, que hace tiempo estuvieron en boga, no difieren mucho de los que ellos portan.